

# RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, octubre de 1951

Núm. 992

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción  
Cada 5 números mensuales,  
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado".  
(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:  
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988  
GIJÓN

## HERMANO LOBO.....

A tiempo que San Francisco vivía en la ciudad de Agubbio, condado del mismo nombre, apareció un lobo grandísimo, terrible y feroz, el cual, no solamente devoraba a los animales, sino también a los hombres; de modo que todos los ciudadanos vivían en grandísima inquietud, porque muchas veces se acercaba a la ciudad, y todos iban armados cuando salían de sus casas como si fuesen a la guerra, y aun así no se podían defender de él si alguno se encontraba solo; y el miedo al lobo llegó a tal extremo que ninguno se atrevía a salir fuera de su término. Por lo cual San Francisco, compadecido de los hombres de aquella tierra, quiso salir fuera en busca del lobo contra el parecer de todos los ciudadanos, que se oponían a esta empresa; pero él, haciendo la señal de la santísima Cruz, salió fuera de la ciudad con sus compañeros, poniendo en Dios toda su confianza. A los pocos pasos, los compañeros, atemorizados, se resistieron a seguir más adelante; pero San Francisco valerosamente tomó el camino que conducía a la guarida del lobo.

Presenciaban esto muchos ciudadanos que habían acudido a ver el milagro; y, en efecto, el lobo salió al encuentro de San Francisco con la boca abierta; y acercándose a él San Francisco, le hizo la señal de la santísima Cruz, le llamó y le dijo:—Ven a mí, hermano lobo; yo te mando en nombre de Cristo que no me hagas daño a mí ni a ninguna otra persona.—¡Cosa admirable! En cuanto San Francisco hizo la señal de la Cruz, el terrible lobo cerró la boca, dejó de correr y obedeciendo el mandato se acercó mansamente, y como un cordero se arrojó a los pies de San Francisco, el cual le habló así:—Hermano lobo, tú has hecho muchos daños en este territorio, y has cometido grandes crímenes, atropellando y matando a las criaturas de Dios sin su licencia; y no solamente has matado y devorado a los animales, sino que has llevado tu atrevimiento hasta matar a los hombres, hechos a imagen de Dios, por todo lo cual eres digno de la horca, como ladrón y homicida pérfido; por eso la gente habla

mal de ti y de toda esta tierra te se ha declarado enemiga; pero yo quiero, hermano lobo, poner paz entre ti y tus enemigos; si tú prometes no ofenderlos más, ellos te perdonarán las pasadas ofensas, y ni los hombres ni los perros te perseguirán en adelante.—Dichas estas palabras, el lobo, con movimiento del cuerpo, de la cola y de los ojos, y con inclinaciones de cabeza, mostraba aceptar lo que San Francisco le decía y quererlo cumplir. Y entonces San Francisco añadió:—Hermano lobo, puesto que te agrada hacer y tener paz, yo te prometo darte la comida mientras vivieres, imponiendo esta obligación a los hombres de la ciudad, y así no pasarás más hambre, porque yo sé muy bien que por el hambre has hecho tantos daños. Pero en virtud de esta gracia que te concedo, quiero, hermano lobo, que tú me prometas no hacer daño a ninguna persona humana, ni tampoco a los animales. ¿Me lo prometes?—El lobo, inclinando la cabeza, dió evidente señal de que así lo prometía. Y San Francisco añadió:—Hermano lobo, quiero que me atestigües de tu promesa, para que yo pueda fiarme de ti.—Le extendió la mano San Francisco para recibir su juramento; el lobo se puso derecho sobre los pies traseros, y mansamente puso su mano sobre la de San Francisco, dándole señal de fe en la forma que podía. Entonces dijo San Francisco:—Hermano lobo, te mando en nombre de Jesucristo que vengas conmigo sin abrigar duda ninguna, e iremos a firmar esta paz en nombre de Dios.—El lobo, obediente, se fue con él con la mansedumbre de un corderillo; viendo lo cual los ciudadanos, se maravillaron mucho. Tan pronto como la novedad se supo en la ciudad, todo el mundo, hombres y mujeres, grandes y pequeños, jóvenes y viejos, acudieron a la plaza a ver el lobo con San Francisco. Y estando reunido todo el pueblo, San Francisco se puso a predicar, diciendo, entre otras cosas, cómo por los pecados permite Dios tales daños y pestilencias; y que es más peligrosa la llama del infierno, la cual durará eternamente para los condenados, que

no la rabia del lobo, la cual sólo puede matar el cuerpo; y cuánto se debe temer la boca del infierno, cuando tanta multitud tiene miedo y temor a la boca de un pobre animal.—Convertíos, pues, carísimos, a Dios, y haced digna penitencia de vuestros pecados, que Dios os libraré del lobo en el tiempo presente, y en el futuro, del fuego infernal.—Dicha la plática, San Francisco añadió:—Oíd, hermanitos míos; el hermano lobo, que está delante de vosotros, me ha prometido y dado palabra de ajustar con vosotros paces y de no ofenderos jamás en cosa ninguna; y vosotros debéis prometerle que le daréis todas las cosas necesarias, y yo salgo fiador por él de que observará fielmente el tratado de paz.—Al oír esto, todo el pueblo a una voz prometió alimentar al lobo continuamente. Y San Francisco, delante de todos, dijo al lobo.—Y tú, hermano lobo, ¿prometes cumplir por tu parte el tratado de paz, no ofendiendo ni a los hombres ni a los animales, ni a criatura alguna?—El lobo se arrodilló y bajó la cabeza, y con actos de mansedumbre demostró cuanto le fué posible que estaba dispuesto por su parte a cumplir todo pacto. Entonces dijo San Francisco:—Hermano lobo, quiero que así como diste esta promesa fuera de la ciudad, del mismo modo ahora, a presencia de todo el pueblo, me reiteres la fe de tu promesa para que yo esté seguro de que no me engañas y no me dejarás en mal lugar por la fe que en nombre tuyo he prestado.

El lobo se levantó enseguida y se echó a las manos de San Francisco. A vista de este hecho, y de los demás que quedan mencionados, fué tanta la alegría y la admiración del pueblo, así por la devoción del Santo como por la novedad del milagro y la mansedumbre del lobo, que todos comenzaron a clamar al cielo, alabando y bendiciendo a Dios que les había mandado a San Francisco, para que con sus méritos les librase de la boca de la bestia feroz. Después de este suceso, el lobo vivió dos años en Agubbio, y entraba y salía familiarmente por las casas sin hacer daño a nadie, ni ser molestado, ni perseguido por los ciudadanos, y era generosamente alimentado por éstos; y andando, como decimos, por el campo y la ciudad, nunca se vió que perro ninguno se atreviese a molestarle. Finalmente, después de

dos años el hermano lobo se murió de viejo; de lo cual se dolieron mucho los ciudadanos, porque viéndole andar tan manso y humilde por la ciudad, tenían más presentes los méritos y virtudes del pobrecillo San Francisco.

(De unas crónicas italianas de la Edad Media.)

## En la ciudad de los muchachos

El niño malo no existe ni ha existido

En el pequeño pueblo de Nebraska, conocido en el mundo entero como la Ciudad de los Niños, se recibió cierta noche de invierno una llamada telefónica de larga distancia.

—¿El padre Flánagan? Habla el prefecto Hosey, de Virginia. ¿Puede usted recibir a otro muchacho...inmediatamente?

—¿Dónde está ahora?

—En la cárcel. Es un bandido de la peor clase. Robó un banco y asaltó tres tiendas revólver en mano.

—¿Cuántos años tiene?

—Ocho y medio.

El delgado sacerdote de ojos azules se quedó por un momento como petrificado de asombro.

—¿Cuántos...?

—No se deje engañar por su edad, padre. Es todo lo que he dicho, y más. ¿Quiere usted librarnos de él?

Años hacía que el padre Edward Joseph Flánagan venía haciéndose cargo de seres repudiados por la sociedad: muchachos descarriados, de todas las edades, razas y religiones.

—Si a estas horas de mi vida no fuera capaz de entendérmelas con un chico de ocho años, debería darme por fracasado— contestó— ¡Tráigamelo cuando quiera!

Tres días después, el prefecto Hosey y su esposa se presentaron en el despacho del padre Flánagan con el reo: un muchacho anormalmente pálido que llevaba un atado debajo del brazo. Sobre el enjuto rostro le caían en desorden unos mechones de sucio pelo color de chocolate; tenía entrecerrados los ojos pardos de largas pestañas oscuras; en un ángulo de la boca le colgaba con desgaire teatral un cigarrillo.

—Perdone usted que se presente fumando—suplicó el prefecto.—Para que viniera tuvimos que sobornarle con cigarrillos.

La esposa del prefecto puso sobre el escritorio una abultada cubierta.

—Ahí tiene usted el informe completo—dijo.—Y no es ni la mitad de lo que debería ser. Este perverso canallita no merece que nadie le ayude. ¡En opinión mía, no es ni siquiera humano! Adiós, padre, y buena suerte. Créame que le va a hacer falta.

El padre Flánagan, en cuyo corazón arde siempre la llama del amor de Dios y de sus semejantes, sobre todo de los que están empezando la vida, puso los ojos en aquel mísero guñapo, y no recordó haber

visto nunca una mezcla tal de lo cómico y lo absolutamente sórdido y trágico.

Después de indicar con la mano al recién llegado que tomara asiento, el padre Flánagan se puso a leer el informe. La gente no sabía su apellido, o no se cuidaba de mencionarlo; para todos era Eddy, a secas. Había nacido en un barrio de disolución y miseria cercano a los muelles de Newport News. Sus padres murieron durante una epidemia de influenza, antes que él hubiese cumplido los cuatro años. En las escuálidas viviendas fronterizas a los muelles fue pasando de una familia a otra como un animal sin dueño a quien nadie quiere.

Aquella vida de hambre, dureza y maltrato aguzó su astucia y su voluntad. A los ocho años se hizo jefe de una pandilla de muchachos, varios de los cuales tenían casi el doble de su edad. Aleccionado por malandrines viejos en el oficio, se impuso sobre sus compañeros, forzándolos a cometer delitos de menor cuantía, cuya ejecución planeaba detalladamente...

Y el padre Flánagan continuó leyendo aquel informe lleno de atrocidades.

Terminada la lectura, retiró los ojos del informe para ponerlos sobre el singular villano de aquella tragicomedia infantil. En la media luz del despacho Eddy permanecía inmóvil, con la cabeza agachada, de modo que era difícil verle bien el sombrío rostro. Al sentirse mirado, sacó un papel de cigarrillo y una bolsita de picadura. Con una sola mano, al estilo de los vaqueros, envolvió diéstramente un cigarrillo, lo encendió, prendiendo el fósforo con la uña del pulgar, y lanzó una bocanada de humo a través del escritorio.

Las largas pestañas se levantaron por un instante para ver qué efecto había causado todo aquello en el sacerdote.

—Eddy,—empezó el padre Flánagan—eres bien venido aquí. Este lugar es íntegramente dirigido por muchachos, tú sabes. Un muchacho es el alcalde; los consejeros municipales son muchachos; el jefe de policía es un muchacho.

—¿Dónde está la cárcel?—gruñó Eddy.

—Aquí no tenemos cárcel. Ahora vas a tomar un baño y luego bajarás a cenar. Mañana empezarán tus tareas en la escuela. Tú y yo podemos ser verdaderos amigos... todo depende de tí. Abrigo la esperanza de que un día ocuparás sitio entre los predilectos de mi corazón. ¡Sé que tú eres un niño bueno!

La respuesta de Eddy fue una palabra soez.

La mañana siguiente, a eso de las diez, abrióse de pronto la puerta del despacho, y el padre Flánagan vio entrar, con aire de matasiete, al nuevo alumno. Estaba limpio, con el pelo cortado y las crenchas en orden. Sin dar la más leve importancia al asunto, tiró sobre el escritorio una nota con la cual lo había enviado allí uno de los maestros:

«Querido padre Flánagan: Mil veces le he oído decir a usted que el niño malo no existe. ¿Quiere decirme cómo llama a este?»

Al entrar el padre Flánagan con el delincuente en el aula de donde acababa de ser expulsado, encontró las cosas revueltas y los ánimos en tensión. Según el relato del maestro, Eddy había permanecido quieto en su asiento por cerca de una

hora; súbitamente se puso en pie y empezó a pasearse de un extremo a otro del pasillo, maldiciendo como un carretero borracho y tirando al suelo cuanto encontraba. Finalmente había lanzado con feroz ímpetu un tintero, que fue a estrellarse en la cabeza de un busto de Cicerón.

Después de colocar otra vez a Eddy en su asiento, el padre Flánagan dió excusas al maestro.

—La culpa fue mía. Olvidé advertirle que no lanzara tinteros a la cabeza de nadie. Las leyes de la Ciudad de los Niños, por supuesto, se harán efectivas con él, lo mismo que con todos nosotros. Pero primero es necesario que las conozca. No debemos olvidar nunca que Eddy es un buen niño.

—¡No lo soy, ni me da la gana serlo!—gritó Eddy.

Aquel indómito rebelde no hizo amigos ni entre los maestros. Y para el padre Flánagan reservaba su peor desprecio, que solía expresar llamándolo «un maldito cristiano rezadero». Su tiempo libre lo empleaba en andar vagando furtivamente por todo el edificio a la busca de una oportunidad para escaparse. En el gimnasio y en los campos de fútbol permanecía aislado, mirándolo todo con ojos de aburrimiento: «¡tonterías de chiquillos!» murmuraba. Ni el coro, ni la orquesta parecían atraerlo. La granja le fastidiaba. Y en esos primeros seis meses, ni una lágrima ni una sonrisa.

«Será necesario olvidarse de los reglamentos», pensó el padre Flánagan. «A este diablito voy a tratar de enderezarlo a fuerza... ¡de cariño!»

Muchachos y maestros presenciaron la aplicación de esa nueva estrategia con tanto interés como si se tratara de una competencia deportiva en la cual el padre Flánagan estuviese representando a toda la institución. Aún se estremece él recordando aquellos meses de agasajos e invitaciones: los innumerables cinematógrafos de segunda clase a que asistieron juntos; los centenares de salchichas, tortitas de carne, barras de chocolate, helados y bebidas frescas que Eddy almacenó en su diminuto cuerpo.

Pero a pesar de todo, ni una sola vez dió Eddy muestra de que nada lo divirtiera. En las madrugadas del verano, olorosas a pino y a trébol silvestre, bajaba con paso lento al lago, pero ni una palabra de emoción salía de sus labios cuando lograba pescar una trucha. Profunda apatía se apoderó de él, y nunca fue más silencioso que entonces.

Solamente una vez, casi al final del desventurado experimento, hubo entre el sacerdote y el muchacho una especie de breve contacto espiritual. Fue en la ciudad Omaha, al atravesar una calle de mucho tránsito. Eddy se distrajo, y un camión iba a atropellarlo, cuando el padre Flánagan corrió hacia él y literalmente lo arrancó de las garras de la muerte. Una chispa de gratitud brilló por un segundo en los asustados ojos pardos; luego las oscuras pestañas volvieron a ocultarlos; y no dijo ni una palabra.

Aun para hombre de tanta fe como el padre Flánagan, llegó el momento en que le pareció estar ante un caso de villanía innata superior a su esfuerzo. La esperanza había descendido hasta el más bajo ni-

vel, cuando una mañana de primavera Eddy se presentó en el despacho anunciando con arrogancia que quería decirle las verdades al padre Flánagan. Esta vez los ojos pardos chispeaban de indignación.

—Usted ha estado tratando de hacerse amigo mío — empezó, encarándose con el sacerdote. — Casi me dejó engañar, pero anoche estuve pensando, y ahora ya no me la trago...

Había algo terriblemente serio y varonil en la actitud de Eddy; ahora no era insolencia, sino desesperanza. Por primera vez notó el sacerdote un leve temblor en los tensos labios del rebelde, ello fue como un indicio que le dió ánimo.

— ¡Padre Flánagan, usted es un mentiroso!

— Prueba lo que dices, Eddy... ¡o cállate la boca!

— Bueno: sepa que le di una patada en la espinilla a una monja. Y ahora ¿qué dice?

— Lo de siempre: que eres un buen niño.

— Usted sabe que eso es mentira, que eso no es cierto, ¡y sigue repitiéndolo!... ¿No ve que es un mentiroso?

*¡Amado Padre que estás en los cielos, esto es sana lógica! ¿Qué puedo responder? ¿Cómo definiendo mi fe en él... y mi fe en Ti? Porque, ratándose de Eddy, es cuestión de ahora o nunca. Señor, concédeme la gracia de poder darle una respuesta acertada.*

El padre Flánagan carraspeó ligeramente para aclarar la voz.

— Eddy, tú tienes la inteligencia necesaria para comprender cuándo una cosa está realmente probada ¿Qué es un buen niño? Un buen niño es un niño obediente. ¿Correcto?

— ¡Sí!

— ¿Hace un buen niño lo que sus maestros le mandan?

— ¡Sí!

— Bueno, eso es lo que tú has hecho siempre, Eddy. La única diferencia es que tú has tenido malos maestros: malandrines de los muelles y vagabundos de las esquinas. Pero les has obedecido ciegamente. Has hecho cuantas cosas malas y torcidas te enseñaron. Si obedecieras aquí a los buenos maestros de igual manera, cuán distintas serían las cosas para ti.

Estas sencillas palabras, indiscutiblemente ciertas, fueron como una especie de exorcismo que hizo huir del cuarto a los espíritus malignos y purificó la atmósfera. El diminuto enigma humano se quedó como estupefacto por unos momentos. Luego, un claro y preciso resplandor de alivio brilló en sus ojos pardos, y poco a poco fué avanzando a lo largo del escritorio bañado por el sol de la mañana. Con el mismo sentimiento de alivio en lo más íntimo de su alma estremecida, estaba esperándolo el padre Flánagan; abrió éste sus brazos, y el niño se precipitó en ellos apoyando el rostro bañado en lágrimas sobre el corazón del sacerdote.

Esto tuvo lugar hace mucho tiempo. Eddy permaneció diez años en la Ciudad de los Niños. Luego, cuando estaba próximo a ser el primero de su clase, salió de allí para unirse a los infantes de marina

de los Estados Unidos. En las playas donde corrieron ríos de sangre ganó tres ascensos.

— Tiene el pecho — dice con orgullo el padre Flánagan — cubierto de medallas. Nada hay de raro en ello, porque siempre le sobró valor. Pero otra cosa supo ganar, por la que Dios sea loado: el cariño de sus compañeros. Para todos ellos fue un verdadero hermano. En Eddy están reunidas las más bellas virtudes cristianas. ¡Y sin embargo fue el peor rebelde que jamás he conocido!

F. O.

## La Hermana de la Caridad

Mirando al Cielo, donde está el mañana, y al Infinito, donde está la lumbre, sube y escala la escarpada cumbre el alma dulce de la buena hermana

No ve la sangre que a torrentes mana de las heridas de su pesadumbre, ni más consuelo que su mansedumbre, ni más estrella que su fe cristiana.

Siempre serena, resignada, austera, y atenta sólo a su liusión sublime, por el amor de Jesucristo espera;

y al lado del que llora y del que gime es paloma que torna mensajera con el ramo de oliva que redime.

Servando Camúñez.

## CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Cierto día que Jesús de Nazaret se encontraba explicando al pueblo su doctrina, de en medio de los oyentes se levantó un doctor de la Ley, por tentarle a ver lo que sabía y cómo respondía a sus preguntas y dificultades, le dijo:

— Maestro, ¿qué tengo que hacer para lograr la vida eterna?

Diestramente el Señor, en vez de responder, preguntó a su vez al doctor:

— ¿Qué está escrito en la ley? A ver, lee. Repuso el Doctor y dijo:

— «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente...»

— Muy bien respondido — le dijo el Maestro —; haz eso y tendrás la vida.

¡Cuánto obsesionan nuestras obligaciones profesionales y nuestros deberes sociales! ¡Cómo nos ocupan todos los momentos del día, sin dejarnos unos minutos libres que podamos dedicar a nuestra vida espiritual!

La vida se ha puesto exigente y nos agobia, nos distrae constantemente, llenándonos de preocupaciones de todo género: unas veces son los negocios que no marchan bien; otras son nuestras múl-

tiples obligaciones profesionales, que exigen una solución de equilibrio para sostener la marcha normal de lo que constituye nuestras obligaciones; otras, son esas relaciones sociales, creadas por el ambiente en que se vive, que pide constantemente nuestra atención... como un deber social; y otras, son las necesidades económicas que nos rodean y nos llenan de inquietud, y las cuales precisan todos los momentos del día y muchas veces de gran parte de la noche para sostener el equilibrio de nuestra situación familiar.

Ya no existe aquel descanso diario de nuestras obligaciones al final de la jornada y que podíamos dedicar, como un remanso espiritual que nos sirviera de contrapartida de las materiales tareas del día de trabajo. Los tiempos han cambiado, las necesidades son más exigentes, y, como consecuencia, el hombre vive más materializado que nunca, porque nunca estuvo tan apartado de la vida del espíritu y del arte.

Sin embargo, hay que llegar a una nueva reorganización de la vida individual, hay que robar algún momento diario al ambicioso materialismo, para que el espíritu se fortalezca y se purifique; hay que meditar todos los días que Dios, al señalar su Código a los hombres, dijo que el primer artículo de la Ley era: AMARLE SOBRE TODAS LAS COSAS.

Hay que buscar el momento diario para nuestro coloquio espiritual; hay que romper todos los días la monótona marcha materialista de nuestras obligaciones profesionales para que encontremos en la charla espiritual con Dios Nuestro Señor la fuerza vital que requieren nuestras empresas y nuestra inteligencia. Será un gran placer en medio de las faenas materiales que llenará nuestra alma de optimismo y bienestar.

No obstante, existe un día en la semana en el que fácilmente podremos encontrar tiempo suficiente para entregarnos a los placeres del alma: los domingos nos ofrecen horas abundantes para ello.

En ese día deben cesar nuestros trabajos. En modo alguno se puede justificar el atropello de un día santo, para ofrecerlo también al rudo trabajo de todos los días. Dios señaló ese día para su homenaje, y burlar la ley, trabajando o haciendo trabajar a las personas que están bajo nuestra autoridad, es gran pecado de escándalo, contra el que claman todas las leyes divinas y humanas. Torpes y malditos beneficios los que se logran con el trabajo dominical. Grave responsabilidad de quienes hacen trabajar en domingo a sus empleados u obreros. En la legislación divina se acumulan sobre él todos los agravantes.

Hay que sacrificar ese día en homenaje de Dios. Hay que dedicarle íntegramente el descanso dominical. Hay que humillarse en la fiesta del Señor para pedirle... tantas cosas como tenemos que pedir... Si no pedimos en ese día, a Él dedicado, ¿cómo se nos van a conceder beneficios y mercedes?

El domingo es sagrado para todos, y todos deben respetarlo y sobre todo hacer que lo respeten y puedan cumplir sus deberes espirituales aquellos sobre quienes tenemos autoridad o trabajan en nuestro beneficio. Ese día es el día grande de la

semana para reconfortar nuestro espíritu y recapacitar que somos hombres y tenemos un alma que salvar.

Y Jesús decía a sus discípulos:

—¡Ay de aquel por quien venga el escándalo!

R.

Comentando

## YA EMPEZO LA LIGA

Me imagino que todos Vds., lectores y lectoras, se habrán enterado que empezó la liga; pues los periódicos de varios días de la semana no hablan de otra cosa: el martes, miércoles y jueves, de los partidos jugados, y el viernes, sábado y domingo, de los que se van a jugar. O sea que, quieras o no, has de enterarte de «que empezó la liga».

Lo curioso es cómo va prendiendo en todos los ánimos y cómo poco a poco se va

extendiendo este apasionado deporte (y conste que nada tengo contra él, pues lo sigo *teóricamente*).

Hace días, una señora de más de setenta años de edad me dijo antes ya de saludarme: —¿Qué le ha parecido del Gijón? ¡Va bastante mal este año! Nos están llevando los puntos... Y, sin apenas salir de mi asombro, me dice que el jugador X no tiene formalidad alguna, pues en tres años ha pasado por tres equipos distintos. Meditando estos comentarios de quien tiene más de setenta años, me sorprende más al llegar a la playa y contemplar distraídamente un partido de fútbol y acercarme otra señora, que con discreto hablar, me dice: —Oiga, señor, eso que han jugado ¿es gol?

Y es en todas partes el comentario del día y de la noche. Y todas las gentes discuten y comentan y opinan, aunque con opiniones a veces muy contradictorias. Pero es el tema del día. Se echan de lado todas las demás preocupaciones, todas las demás noticias, por graves que sean, todos los acontecimientos, por importancia que tengan: el fútbol, sobre todo.

Yo he intentado algunas veces discutir con los «intelectuales» del deporte, y,

como todas las opiniones son buenas, no lo hice del todo mal. Dicen algunos que es una nueva epidemia que ataca a todo el mundo, y que no se ha descubierto aún la vacuna contra el bacilo que la produce. Bien; resignémonos a ser contaminados, y preparemos la «quiniela» para el próximo domingo.

Sustituto.

**Planchas ACANALADAS**  
**de CUBRICION**

**Almacenes ARBUES**

**Covadonga, 27 - GIJON**

**César A. Prieto**  
**PINTOR**

**Avda. Molinón, 2 - Tel. 3115**

**GIJON**

**Ornamentación Religiosa Artística**

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

DE



**José Romero Tena e Hijo**

Se construyen en maderas y decoran toda clase de **Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios** y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6  
Junto a la Plaza de la Virgen)

**VALENCIA**

**Almacenes**

**Covadonga, 27**  
(esquina al parque infantil)  
**Teléfono 18-17**

*Arbues*

**Materiales**  
**de**  
**Construcción**

**GIJON**

**Máquinas de coser y bordar**

**“ALFA”**

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina Parque Infantil) Tel. 4039 - GIJON

**ANTIGUA FUNERARIA**  
**— DE —**

**Feliciano Rodríguez**

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

**VINOS PARA MISA**

y selectos para mesa

**AGUSTIN SERRANO**

COSECHERO

**MANZANARES**

Proveedor del S. P. Vaticano

**JOYERÍA-PLATERIA-RELOJERÍA**  
**Vda. de Melchor Osorio**

Relojes, joyas y artículos  
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

**ALMACENES LA SIRENA**

**J. A. M. S. A.**

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA  
CONFECCIONES - ALGODONES  
Corrida, 81 GIJON Moros, 56

**La Caja de Ahorros de Asturias**

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

**CASA INFANTIL COVADONGA**

Pola de Gordón (León)

